

senta diversos caracteres, pero que en el fondo están unidas por un hilo común. Los métodos de Montessori, Dalton, y los sistemas de Dewey y Dalcroze son aprovechados en casi todas ellas, algunas veces modificados.

Inglaterra es el país que más escuelas nuevas posee en la actualidad, pues mientras en Alemania, sin contar las de Hamburgo, hay sólo 19, allá aparecen 55, aparte de las primarias públicas que hacen ensayos. Han favorecido su fundación y funcionamiento diversas sociedades, como *Dalton Association*, *New Ideals in Education*, etc., sociedades formadas por profesores y padres de familia que ayudan al desenvolvimiento de las escuelas donde se educan sus hijos y, en general, a todas las que intentan alguna reforma en la educación.—*Manuel Rojas*.

NOVELA

ANTES DEL MEDIODÍA, por *Ledesma Miranda*.

Pocos continuadores han tenido los novelistas españoles del siglo XIX y del comienzo del actual. La novela parece pasar en España efectivamente por una época de eclipse. Entran en ella módulos extranovelescos aunque seguramente de alta categoría estética, y la novela que comienza ensanchándose para darles cabida, termina por desaparecer, ensombrecida por los inoportunos in-

vitados. Así hemos visto perderse el concepto estrictamente novelesco de este género literario y proliferar en cambio las novelas-poemas, las novelas-tratados. La afición más frecuente — siempre extranovelesca — de los jóvenes novelistas españoles es el estilo. La novela no necesita estilo, y cuando lo tiene—a condición, es claro, de que no sea excesiva la cantidad de estilo en proporción a la de novela—, no hay sino agradecerlo. El estilo no es un valor estrictamente novelesco. Esto lo hemos visto a propósito de Benjamín Jarnés, sobre el cual se publicó en las páginas de esta misma Revista un detenido estudio el año pasado.

También lo vemos en parte en esta obra (1) de Ledesma Miranda, que es uno de los jóvenes novelistas españoles que más promete. *Antes del mediodía* es un libro de recuerdos de infancia y de adolescencia, trazado por el autor (que habla en primera persona) ante la inminencia del mediodía de su vida. Dos caracteres dominantes se reflejan en este libro. El primero es cierta morosidad, especie de tono lento, de origen evidentemente proustiano. El segundo es el cuidado del estilo, que llega a veces—muy pocas, desde luego—a parecer culterano y que se cuela hasta las conversaciones de los personajes, con lo cual estos salen hablando tan elocuente y aliñadamente como libros.

La huellas de Proust no está evidente sólo en la morosidad empleada por el autor en dar cuenta de sus

(1) Compañía Ibero Americana de Publicaciones. Editorial Renacimiento. Madrid, 1930.

sensaciones de infancia, sino también en ciertas asociaciones propicias para dar a conocer aquellas y hasta en algunas figuras. Los Montrouge, gentes de mundo, ricas y despreciadas, se asemejan a algunos de los personajes secundarios que pueblan, en confuso número, los planos de atrás de las novelas de Proust. Este misterioso escritor que desde su despacho «ouaté» se dedicó a volver del revés el tiempo perdido, como el dedo de un guante, preside muchas de las excursiones de Enrique Almada, es decir, de Ledesma Miranda, por los días infantiles. Esta influencia, justo es decirlo, no puede ser sino benéfica. Ledesma Miranda es un autor talentoso, capaz de infundir soplo personal a su obra a pesar de cuantas influencias puedan rodar en el ambiente.

Hay en *Antes del mediodía* muchos momentos felices, que acreditan a su autor de novelista hecho y derecho. La concisión y el equilibrio de frases como las siguientes:

Bajamos del coche. Se teñía de rosa un cielo bajo y las encinas plateaban. Yo había cortado una varita e iba deshojándola, mientras sentía los dedos impregnados de savia. De retorno, miraba clavarse a la fronda de la Moncloa los estoques de rosa del poniente y morir la tarde como un toro negro en una corrida apasionada (pág. 324),

no son insólitos en el transcurso total de este libro. La descripción de caracteres opuestos como el del padre y el de tío Juan es un acierto, comparable sólo al contraste entre la espiritualidad ascendente de Luz y la rotunda materialidad de Mariana.

El ambiente del Colegio de jesuitas está muy bien dado, y sus visiones, aunque pocas, se clavan en la memoria con un cortejo de figuras humanas variadas y bien definidas.

Con Ledesma Miranda, que forma parte de una juventud laboriosa e inquieta, se abre, pues, una nueva perspectiva para la novela española. De escritores como el autor de *Antes del mediodía* puede esperarse la reacción favorable que coloque a la novela peninsular en situación propicia para que salga a conquistar fama como en días más venturosos. —
R. Silva Castro.

EL PUENTE DE SAN LUIS REY, por
Thornton Wilder.

El 20 de Julio de 1714, a la hora del mediodía, el puente de San Luis Rey, situado en el camino real entre Lima y Cuzco, se quebró, precipitando al abismo a cinco personas que atravesaban por él de una orilla a otra del torrente. Dió la casualidad que uno de los testigos del accidente fuese el franciscano Fray Junípero, quien, en campaña evangelizadora por esa región, se disponía a pasar el puente.

Cualquier otro habríase dicho, con un secreto regocijo: «¡Diez minutos más, y yo también...!» Pero el pensamiento que acosó a Fray Junípero fué otro: ¿Por qué habrá ocurrido esto a *estas* cinco personas?

Y con esto tenemos el motivo de esta novela y la técnica de ella, pues el autor, aprovechando a Fray Ju-